



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Antonio Sánchez Pérez.)



—Atildado, correcto, cuidadoso
de no hacer daño á nadie, alegre vivo
esperando el dichoso
pacto bilateral conmutativo.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—La peor desdicha, por Luis de Ansotena.—Palique, por Clara.—Más rubigadas, por Juan Pérez Zúñiga.—Un consejo, por Flaco Yrázola.—Ministura, por Sinesio Delgado.—Bibliografía festiva, por A. Sánchez Pérez.—Suocido, por Eduardo de Palacio.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas: Antonio Sánchez Pérez.—El arte menudo.—En la Puerta del Sol.—Avance lento, pero seguro (seis viñetas).—El amor de la familia, por Cilla.



Mientras en la Fábrica Nacional se acuñan las monedas de oro de 100 pesetas, los caseros se ven en la dura necesidad de desahuciar inquilinos que no pagan el alquiler.

Mucho oro en el Banco, muchos billetes de 1.000 pesetas en las cajas de los capitalistas, muchas joyas en los palacios de las du-

quesas y muchos señoritos desheredados de la fortuna comiendo judías en la taberna de Ángel, de la calle del Lobo.

Mientras hay quien se encarga un *carrión* de moda, forrado de seda, como uno que tiene Medrano, y que debe costar lo menos diez ó doce mil reales, á juzgar por lo que pesa, yo ando viendo el modo de que me vuelvan un gabán para poder presentarme decorosamente en el café y para hacer una visita á dos señoritas viejas de Lugo, que han heredado y vienen á Madrid á hacerse ropa y á ver si se casan.

* *

Hay desigualdades en este mundo que irritan.

No hace muchos días que contraí matrimonio mi amigo Pérez con una chica preciosa, rica, amable, inteligente y discreta.

Á Pérez no tiene el demonio por dónde desahuciarle, pues ni es guapo, ni listo, ni cariñoso, ni toca ningún instrumento, ni sabe siquiera la marcha del tresillo.

En cambio, Rodríguez, que vale un Potosí y tiene unos ojos interesantísimos, y una conversación chispeante, y un cuerpo airoso, y juega admirablemente al billar, y canta de barítono, está casado con una mujer que parece un carabino veterano y no la puede llevar á ninguna parte, pues los perros la ladran, los acomodadores del teatro se asustan y los chiquillos la ven y se echan á llorar.

Rodríguez tiene que afeitarse un día sí y otro no, pues á ella le salen pelos en el rostro; y en cuanto la lastima ligeramente con la navaja, ya está ella dándole msnotones y poniéndole de bruto que no hay por dónde cogerle.

¿Qué ha hecho Rodríguez para ser tan desgraciado? ¿Y qué ha hecho Pérez para gozar de tanta ventura?

Al entregarme á estos tristes razonamientos, me sumo en un mar de confusiones y acabo por preguntarme:

—¿Y qué has hecho tú, inocente criatura, para vivir condenado al periodismo? ¿Qué crimen estás purgando? ¿Por qué tienes que escribir la crónica del MADRID COMICO todas las semanas, mientras otras personas toman el sol ó se dedican á andar en bicicleta?

* *

Los lectores quizás no sepan que esta obligación semanal llega á serme abrumadora. Hay semanas en que los sucesos me dan la crónica hecha; pero hay otras *¡ay!* en que, por falta de asunto, me veo en grandísimo aprieto para llenar estas dos columnas de prosa vil.

Y menos mal cuando la salud es perfecta y no me duele nada; pero hoy tengo un dolorcillo en el lado izquierdo, que lo mismo puede ser una pulmonía, que un enfriamiento, que una miagra de fiato. La idea de la muerte ha acudido á mi imaginación, y, sin embargo, aparezco ante mis lectores sonriente y feliz.

Por dentro anda la procesión.

¡Morir! ¡Qué horrible perspectiva!

Mi cuerpo rígido sobre la cama... el anciano sacerdote elevando al cielo los ojos y pidiéndole perdón para mis culpas... mis deudos sollozando... el de la empresa funeraria disponiendo las cosas de modo que se me entierre bien... algún amigo cariñoso buscando recomendaciones para Sinesio, á fin de quedarse con mi plaza de redactor en el MADRID COMICO... mis acreedores disgustados, porque aún les debo unos catorce duros... Bonilla triste, pues me quiere bien... y las de Vientrecillo, las de Ombliguete, las de Percebn y tantas otras señoritas cursis diciendo con cierta satisfacción mal reprimida:

—¡Pobre hombre! Era bastante mala persona. ¡Dios le *haiga* perdonado!

Pues bien, con la imaginación *preñada de amargura*, tengo que escribir un artículo alegre, porque si no es alegre dicen los lectores arrojando con desdén el fementido periódico:

—¡Jesús, qué soso y qué latero es este hombre!

Y yo lanzo una carcajada histórica, mojo la pluma en la mancuada tinta y escribo... escribo como un demente...

¡Ja... ja... ja!...

* *

El dolor del lado izquierdo sigue mortificándome y cada vez se hace más vivo.

Dírase que tengo clavada en el corazón la daga con que pintan á D. Francisco Silvela.

¡Dios mío! ¿Qué será esto?

Un sudor frío baña todo mi cuerpo, y sin embargo, quiero desahocharme.

¡Qué hermoso me parece este mundo ahora que se acerca el momento del definitivo viaje!

¡Morir! No, no quiero morir.

Soy joven aún (y esto lo digo con cierta satisfacción interna), no quiero renunciar para siempre á la dicha de vivir...

Los ojos se me cierran; todo gira á mi alrededor... noto que el pulso deja de latir...

¡Oh!

* *

.....
Mi familia acude sobresaltada.

—¡Muerto! ¡muerto!—gritan todos.

Y me palpan, y me registran, y del bolsillo interior de la cazadora me extraen un libro verde...

En aquel momento abro los ojos y noto con placer que ha cesado el dolor... Ya no me muero.

—Todo lo comprendo ahora—exclamó.—El libro verde era la causa de mi dolor.

—¿Qué libro es ése?—me preguntan.

—Un libro de epigramas de Pepito Cebolla, joven de Cuzcurrita. ¡Un verdadero cáustico!

Luis Taboada.

* *

La peor desdicha.

¡Vaya! Comprendo que tienen motivo los que se quejan porque su vida pasaron en sorda y terrible guerra contra el destino, y jamás lograron dicha completa. Y es natural que maldigan de su infeliz existencia, donde el dolor ha dejado de sus mordiscos la huella. Porque vivir de tal modo, en realidad, es gran pena, que sólo agnanta al que tiene los alientos de un atleta. Convencidos que en la vida les tocó la bola negra sufren en silencio... y... vamos, que se resignan con ella, sin perspectivas de gozos ni esperanzas lisonjeras ni rayo de luz que rasgue lo espeso de las tinieblas.

Pero ¡qué diablo! esa gente, al sacrificio dispuesta, que ya conoce el dolor y nada del mundo espera, tiene un placer: el orgullo del que sufre con paciencia; héroe apercebido al golpe y que ante él no pestañea. Soñó alguna vez la dicha; jamás tropezó con ella, y, como al ciego á la luz, se ha resignado á no verla; lo que da cierto reposo en medio de la tristeza y un olímpico desprecio por ansias que ya están muertas, por placer que no se aguarda, por fiebre que ya no quemal. Por eso hay otros que tienen más causa para sus quejas. Los que por buscar la dicha gastan toda su existencia.

y al alcanzar la victoria,
que tanto esfuerzo les cuesta,
ven con hondo desaliento
que existe gran diferencia
entre lo que ellos pensaron

y la realidad que encuentran.
¡Placer que amarga lo mismo
que desdicha verdadera,
solo porque es comparado
con el placer que se ama!

Luís de Ansoaena.

EL ARTE MENUDO



—¡A mí que no me vengán con exposiciones públicas! Seis años hace que tengo estos cuadros en esta esquina, acertadísimo en el dibujo, brillantes de color... ¡y ni un solo transeúnte les ha dicho: «por ahí os podréis!»

PALIQUE

Los carlistas nos perdonan la vida, pero no es más que por una temporada. Ahora nos dejan escapar, porque temen que no estemos todavía bastante débiles y podamos enseñarles los dientes, y hasta morder. Así como el perro de Samaniego (no de Rosas) le pedía al lobo que le dejase marchar libre y le ofrecía volver muy lúcido y gordo, para ser mejor bocado, del propio modo... sólo que al revés, el lobo del Maestrazgo (no siempre ha de ser tigre) nos deja marchar sanos y salvos por ahora, porque todavía no estamos bastante flacos. Por boca de mi antiguo compañero el Sr. Barrio y Mier, á quien siento ver en tan malos pasos, declaran los siervos del siervo de las suripantas que por ahora no se moverán—no se cuentan los simulacros y demás ejercicios preparatorios—los carlistas; por lo menos, los sensatos y de riñón cubierto y con intereses creados á la sombra del árbol, no de Guernica, sino del presupuesto. Sería insensato, sería antipatriótico levantarse en armas ahora... que todavía hay algunos cuartos, un poco de crédito y no poco ejército en la Península; tropas frescas que nos batirían el cobre con mucho gusto, ganando gloria y grados (los oficiales) en el clima natal, sin exponerse á los peligros de Cuba y de Filipinas. No tema el Gobierno, no tema el país; los que ahora levantan partidas son filibusteros ó carlistas sin sueldo, retiro ni cosa que digier.

Cuando Mella piensa convertirse en un Tirteo de verso blanco, y Cerralbo en un Ercilla de la retaguardia; cuando las masas, poco encefálicas, cuyo molde es la boina, se lanzarán definitivamente á la pelea, será... cuando el país no pueda con su alma, cuando se acaben la guerra de Cuba y la guerra de Filipinas.

¡Oh generosidad patriótica no emulada jamás por Régulos y Cincinatos, Guzmanes y Velardes (por no decir Donices)!

Soldados que os batís por España, por todos, por blancos y negros, allá en la manigua y en Filipinas, dad las gracias á estos caballeros que os ofrecen, para cuando volváis de tan lejanas regiones, molidos, despedados enfermos, anhelantes de paz, amor y reposo, cargados de laureles... y sin zapatos ni camisa, hartos de gloria y ayunos de descanso, seguridad, salud y pesetas, os ofrecen, digo, recibiros á tiro limpio y brindando á cada héroe con la sima de Iguaquiza.

¿No comprende el Sr. Barrio que es un sarcasmo más terrible que los de Aquiles sobre el cadáver de Héctor, este de ofrecernos paz hasta que no tengamos guerra.

¿Cómo quedará España, después de vencer en Cuba y en Filipinas, aun suponiendo lo mejor, que eso acabe en bien, y no nos cueste mucha más sangre y mucho más dinero que hasta ahora?

Quedará abatidísima; sin un cuarto, con necesidad de dar garantías al crédito á fuerza de trabajo, posible sólo en la paz y bajo el seguro de que sea ésta duradem.

Y si los carlistas nos atacan en cuanto concluyan tagalos y mambises, ¿de dónde vamos á sacar el dinero y los hombres, si para entonces ya se habrán gastado las pocas fuerzas que nos quedan?

¿Quién se va á batir con los carlistas? ¡Hasta las piedras! si aquí hubiera verdadero patriotismo, algo más que meramente territorial.

Pero ya verían ustedes cómo las piedras no se batían y tenían que pelear los pobres soldados que volvían de Cuba y de Asia más muertos que vivos.

¡Qué hermosura, qué españolismo tan clásico y medieval!

Porque España es de todos, hasta de los carlistas (aunque no la merecen); se puede decir que el ejército liberal había estado defendiéndoles á los facciosos su propiedad, su honra; y los carlistas, á la vuelta, les preparaban á los valientes vencedores, por arcos de triunfo, trincheras, guerrillas, tirroteo, bayonetas, cañonazos y hasta acaso bombas, como los anarquistas, porque todo es estrategia y táctica!

¿Y no les da vergüenza á los prohombres del carlismo prometer-nos un porvenir semejante?

Pero como ablandar á esos fanáticos (hormiguitas *quand même*) es imposible, á quien hay que vencer es al Gobierno.

¿Para cuándo son los rayos gubernamentales?

El carlismo *sensato* (y con nómina) amenaza con una rebelión á plazo; no es una rebelión condicional, sino á término, que es cierto en cuanto al sí, aunque incierto en cuanto al cuándo (*certus an, incertus quando*). Me entiende Barrio y Mier, que es romanista. No se sabe cuándo acabarán las guerras carlistas, pero es seguro que acabarán... ¡Pues entonces, cuando acaben sus! y á ellos, que están cansados! El plazo, pues, existe; se induce á la rebelión, señalando el día. ¿No hay aquí una porción de cosas que, si se tratara de liberales, el Gobierno encontraría relacionadas con varios artículos del Código penal? ¿Cuándo se induce á la rebelión, antes ó después de verificada? Antes, es claro. Pues ahora es antes.

Confiesan los carlistas que están preparados, que sólo esperan, los que esperan, la voz que señale el momento... y las autoridades del partido, los favoritos de D. Carlos dan esa voz, señalan el momento: en *acabándose las guerras*... luego no falta nada para que podamos acordarnos del artículo 244 que habla de los que *hubieren promovido ó sostuvieren la rebelión*. Como la rebelión no estalló todavía, no puede *sostenerse*, pero *promoverse* sí.

Ya la están *promoviendo* los que dan la voz de mando diciendo: en *acabándose las guerras*.

Se dirá: pero sin que exista la rebelión no puede haber delito que consista en promoverla... el delito de los promovedores nace del hecho de la rebelión.

Pero puede haber tentativa...

Pero, se responderá, la tentativa no puede calificarse de tal mientras el hecho de la rebelión no se pueda dar por fracasado. La tentativa, según el Código, no existe mientras no se pueda saber que los promovedores de la rebelión no han conseguido su objeto...

Lo que hay, según el Código, es un lío, por culpa de lo mal escritas que están nuestras leyes; pero con un buen Puga á mano, se le puede sacar punta al Código, para que en él se clayen los carlistas.

Y si queremos llevar las cosas de frente y con franqueza, en vez Puga, empleemos una buena policía que no resucite el sistema *pretentivo*, desde el punto de vista del derecho penal, pero sí la *prevención política*, de seguridad pública, que es la higiene del gobierno de los pueblos.

Si se tratara de tagalos ó mambises, nadie se escandalizaría porque el Gobierno tomase sus medidas (y las de otros) para impedir que se pudiera impunemente *amenazar* con una rebelión á plazo cierto en cuanto al sí y de señas mortales en cuanto al cuándo.

También por los articulillos de las *amenazas* podría sacársele punta al Código... Pero, ¿quién?

Ahora los carlistas *parlamentarios* sólo saben que si hay un artículo 262 que castiga al que *acceptare empleos de los rebeldes*, hay muchos artículos de la *Constitución interna de Cánovas* que *habilitan á los rebeldes para aceptar empleos del Gobierno*.

Es el artículo 262... al revés. Y resulta otro artículo... 262 también.

Clarin.

En la Puerta del Sol.



—Veo todos los días
caer la bola
del ministerio,
y no me ha sorprendido
ni una vez sola.
¡Soy hombre serio!

Más zurigadas.

I

Dijo á Ponte Petronila
(que abusa del tocador):
—Nada hay que huela mejor
que mi mantón de Manila.
—¿Ese mantón?—dijo Ponte.—
Ya sé á qué huele: á tomillo.
—¿Por qué?
—Porque el pobrecillo
suele estar siempre en el Monte.

II

Un día muy caluroso
la míope Inés Hernando
vió tres pulgas paseando
sobre Curro, que es su esposo.
Y al advertírselo á Curro,
éste la dijo:—¡Narices!
¡No sé luego cómo dices
que no ves tres sobre un burro!

III

El gastador Luis Foronda
se casó con Juana Pla,
que es una mujer redonda
de puro gruesa que está.
Y por el amor de Juana
cambió Luis de tal manera
que se pasó una semana
sin salirse de su esfera.

IV

La artista Paz Calderón
(que vive con el bribón
de Bonifacio Guevara)
su beneficio prepara
en el Circo de Colón.
Y aunque á nadie ve rehacio,
cobra el dinero despacio,
pues, según más de un indicio,
no es para su beneficio,
que es para su Bonifacio.

V

¡Si será tonto Montalvo,
el juez de Valdechorizos,
que así que se quedó calvo
se compró dientes postizos!

VI

Evarista Valderrama,
la encantadora madama
de Carlos Almonacid,
suele leerle en la cama
el *Heraldo de Madrid*.
La oye Carlos, y Evarista
dice, al echarse á la vista
lo que en el *Heraldo* viene,
que «La agitación carlista»
es lo que más la entretiene.

VII

¡Si tendría el comedor
oscuro Melchor Centellas,
que en él me pisó Melchor,
y aunque fué agudo el dolor,
no pude ver las estrellas!

Juan Pérez Zurruiga

Un consejo.

Si cortarte el cabello
quieres un día
y te metes en una
peluquería
donde veas tan sólo
dos dependientes
que se ofrecen activos
y diligentes,
para saber cuál corta
con más destreza,

míralos, no á las manos,
á la cabeza.
Si observas que uno de ellos
va repeinado,
con el pelo brillante
muy bien cortado,
huye de él en seguida,
que eso no prueba
que domine el oficio...
por más que deba.

En cambio, si en el otro
ves los mechones
llenos de rapaduras
y trasquilones,
no dudes un instante,
no seas lelo,
y haz en seguida que ése
te corte el pelo.
¿Que lo que yo te digo
te maravilla?

¡Pues, hombre, si es la cosa
lo más sencillal...
¿No ves en todas partes
que á un dependiente
le sirve el compañero
cuando no hay gente?
Luego eso te demuestra,
y es lo que importa,
que el que va mal cortado...
¡es el que corta!

Fraico Zurruiga

Avance lento, pero seguro.



Las zarzuelitas chicas, que antes tenían sus dominios en Eslava y otros teatros pequeños,



Últimamente han asaltado la Comedia, donde tantos años reinó la paz serena, tranquila y venturosa



Entraron victoriosas en Apolo, arrastrando detrás de sí a la muchedumbre.



Y desde allí preparan sus baterías para atacar al Español, último baluarte del género grande, formal y serio.



Y animadas con el éxito tomaron posesión de la Zarzuela, arrojando de allí a lo clásico del género.



Todo lo cual debe tener sin cuidado a Talía, porque (para lo que había que ver)

Miniatura.

I

Pensando sólo en él, con la mirada viva y centelleante descansa Patrocinio, reclinada dulcemente en el hombro del amante. Y atenta á su pasión, con el anhelo del que ve del placer llena la copa, ni la importa el desorden de la ropa, ni mira si se chafa el terciopelo.

II

Dejando el pensamiento distraído con cualquier nimiedad, con cualquier cosa, Patrocinio reposa reclinada en el hombro del marido. Ni el ansia vibra en la mirada ardiente ni le cae el cabello por la espalda, y cuida especialmente de arreglar las arrugas de la falda...

Sinesio Delgado.

Bibliografía festiva.

TRES LIBROS

(Conclusión) (1)

II

MARRODÁN PRIMERO

Pues sí, señores, sí; el celebrado—y muy justamente celebrado por cierto,—el celebrado autor de *La ilustre figurante*, de *Jaque á la reina*, de *La gran nodriza* y de otras novelas, muy estimables todas, por lo bien pensadas y por lo bien escritas, ha publicado recientemente otro libro intitulado *Marrodán primero*; y se titula así, no por nada, sino porque Marrodán es el apellido del protagonista y porque este se propone ser fundador de una serie indefinida de *Marrodanes*.

Marrodán primero es, y así lo reza entre paréntesis la portada, continuación de *El santo patrono*, otra novela también muy linda, del mismísimo autor, que lo es (pues ahora caigo en que no lo he dicho todavía) el Sr. D. José M. Mathen.

Claro está que si ustedes no han leído *El santo patrono*, y comienzan la lectura de *Marrodán primero*, se exponen á no comprender del todo lo que en este libro les digan; vendrá á ser como si empezaran á ver una comedia por el acto segundo. A bien que *El santo patrono* es obra que merece ser leída, y nada perderán ustedes si la leen, aunque sólo sea como preparación agradable para emprenderla inmediatamente con *Marrodán primero*.

El cual *Marrodán primero* es, no digamos que digamos un personaje, pero muy poco menos; como que llega hasta diputado á Cortes y ejerce de representante del país y de Tenorio de saloncillo en un teatro de funciones por horas.

Es el Sr. Mathen excelente observador y, si cabe, más excelente pintor de las cosas por él observadas. Su prosa, muy natural y muy sencilla, que ni por acaso llega nunca á los confines de la vulgaridad, seduce, enamora y hechiza.

No es tampoco muy liberalico el novelista; eso no, y es lástima, á mí al menos me lo parece, que no lo sea.

Habla, por ejemplo, de *Norte América*, por boca de uno de los personajes de la novela, y le hace decir:

«Nos han ponderado los demócratas con exceso aquella civilización; pero me temo que no sea oro todo lo que allí reluce, que rengan á ser como tratantes en cueros ó palurdos zafios disfrazados de caballeros, que con todas sus asambleas y sus meetings y sufragios libérrimos, nos resultan al fin bárbaros por dentro y de los de peor ralea; de los que no tienen más Dios que el oro, ni más profeta que su vientre.»

Y no es sólo éste el lugar del libro en que se echan de ver las tendencias no muy democráticas del autor.

Me fijo en esta circunstancia porque deploro que hombre de tan claro entendimiento como el Sr. Mathen no sea demócrata, y republicano y socialista, como lo soy yo, afortunadamente para mí, y como lo son ahora casi todas las personas que discurren por su cuenta propia y no con el cerebro de sus antepasados. Y así como el personaje de una comedia de nuestro teatro moderno dicte ingenuamente aquello de *¡Lástima que este mero no se salte!*, digo yo, cuando leo obras de mérito sólido, como *Marrodán primero*:

¡Lástima que este literato que tan bien escribe; lástima que este ciudadano, que tan bien piensa, sea reaccionario y se meta en docena con esos apegados á la rutina, que escriben muy mal, y no piensan, ni mal, ni bien, ni de ningún modo!

Pero, en fin, con tendencias reaccionarias y todo, *MARRODÁN PRIMERO* es una buena novela.

III

¿QUIERES QUE TE CUENTE UN CUENTO? PUES ALLÁ VA UN CUENTO

Sea muy bien venido ese centenar de cuentos, y en buen hora llegue su autor, el popularísimo y sandunguero cuentista Felipe Pérez y González, siempre que le ocurra y ojalá le ocurra á menudo llegar acompañado por *chascarrillos* y *anécdotas* y *casos* tan salerosamente versificados como los que en el libro de referencia se contienen.

El que pretendiese yo ahora descubrir á Felipe Pérez, el autor de *La gran vía*, el cronista festivo de *El Liberal*, y presentarlo al público, y quizás hasta pedir albricias por el hallazgo, tendría casi tanta gracia como la que tienen sus cuentos.

Pero como he desistido de *hacerle la competencia*, no explico á mis lectores quién es Felipe Pérez (y González y todo), y hablo solamente para recomendar, en bien de ustedes por supuesto, esa colección de composiciones festivas, colección editada (y perdónese la Academia) muy lujosa y muy primorosamente y con gusto exquisito por los hijos de E. Hidalgo, editores, á quienes no conocía yo en ese terreno, en el cual les aconsejo, aunque ellos no lo necesitan, que prosigan y perseveren.

Por de contado que las circunstancias—¡pícaras circunstancias!—han hecho de modo que hable yo del libro de Felipe Pérez cuando, de seguro, no queda de la colección de cuentos ni un solo ejemplar en las librerías.

¿Qué hemos de hacerle? De todas maneras, lo dicho, dicho está, y escrito lo escrito, y si no sirve para que ustedes adquieran un ejemplar de la primera edición, ya agotada, puede valer para que busquen uno de la segunda, que también se agotará pronto, ó de la tercera ó de la cuarta, y así sucesivamente; que si con mis buenos deseos hubieran de uniformarse los acontecimientos, no terminaría nunca la serie de las ediciones.

Y me quedo corto.

C. Sánchez Pérez.

Sucedido.

Cuando pasó este paso no se sabe, ó yo no lo recuerdo todavía, como dijo, alegando sus razones, un muchacho mastín, entrado en quinta. —¿Tiene usted excepción?—le preguntaron. —Ser buéfano de padre todavía—respondió.—que mi madre está muy viuda y yo soy quien le gana la comida.

Pues ello fué que el paso que refiero pasó, según se cuenta, en esta villa, cuando estaban las calles casi á oscuras y, en cuanto anochece, andaban más ladrones que vencejos funcionando, sin miedo á la justicia. Habitaba en la calle de la Espada un bravo, según él, todo patillas, en unión de una moza de primera, esposa, ama de llaves ó nodriza.

Pues señor, que una noche le dejaron al valiente en pernilles y en camisa, y, tal vez por respeto á cierta calva, respetaron también la montería.

—Eran veinte—decía á su señora— ¡eran veinte con veinte carabinas!

—¿Cada uno?

—Mujer, veinte entre veinte..

Maté á diez.

—¡Escuérto!

—¿Tú no llevabas armas?

—No te añijas.

—¿Si llevaba?

Nada, las dos pistolas, la cuchilla...

—¿Y sabes que otras veces llevo estoque.

—¿Porqué?

—Porque dejaron la montería.

—¡Ven acá, mala vibora!

¡Habrá nacido acaso en este mundo

el que me toque á mí la montería?

¡Si el que llegas á tocarme la montería

sabe que tiene pena de la vida!

Eduardo de Palacio.

(1) Véase el número del día 13.

El amor de la familia.



—¡Crie usted sobrinas segundas para esto!

CHISMES Y CUENTOS

Yo no quisiera decirselo á ustedes, pero ¡ay! los partes de Polavieja se van pareciendo á los de Weyler como un huevo á otro.

Y es una lástima, porque con estas cosas estamos dando lugar á que un periódico serio escriba lo siguiente, sobre poco más ó menos, sin que tiembren las esferas:

«El ejército turco es similar del español en lo valiente, arrojado y sobrio, llevando aquél á éste la ventaja de tener generales.»

Parece mentira, pero yo he leído eso, no sé dónde, hace pocos días.

Supongo á ustedes enterados y cómo nol del terrible duelo á muerte llevado á cabo con toda felicidad entre el famoso tirador italiano signor Pini y el no menos célebre profesor francés monsieur Thomegueux.

Cuando los periódicos empezaron á dar noticias del incidente, ó lo que sea eso, ustedes pensarían, como yo, que se trataba de un asalto de salón en que los contendientes iban á dirimir cuestiones de amor propio sin peligro alguno de la vida.

Pues no, señores, se trataba, por lo visto, de una cosa seria, y toda aquella publicidad que se daba al asunto, y que á los profanos en el difícil manejo de las armas nos parecía impropia de los verdaderos lances de honor, no era sino una prueba de los adelantos del siglo.

Y otra prueba, y bien clara, está en el hecho de haber concurrido al acto más de trescientas personas, que en su fuero interno llamarán pedazos de bárbaros á aquellos romanos que acudían á divertirse con las luchas de los gladiadores.

Por fortuna, aunque según un corresponsal «los testigos celebraron cuatro entrevistas, deseados de evitar un encuentro que habría de ser de fatales consecuencias», dada la pericia de ambos contendientes», las fatales consecuencias se quedaron en dicho y todo ello acabó con un par de rasguños, como cualquier polémica periodística de tres al cuarto, en que interviene gente indocta en la noble profesión del florete.

No faltó, para mayor chiste, más que la escogida concurrencia silbara á los preopinantes por haber defraudado sus esperanzas.

De todos modos, es de celebrar el resultado: primero, porque los seño-

res Pini y Thomegueux disfrutan de cabal salud, á Dios gracias, y segundo, porque con estas cosas se acabará más pronto la manía ridícula de salir al campo... á quedar en ridículo.

Los catalanistas furibundos son el demontre, Hanse reunido bajo la presidencia del Sr. Vallés y Ribot para ver de conseguir la completa autonomía de la región.

Que es precisamente para lo que se han juntado también en sus respectivos bosques varios apreciables cubanos y filipinos.

Sólo que á éstos se les da la contestación á tiros, si quier débilmente.

Las aspiraciones de la Lliga son éstas:

«Declaración del catalán como lenguaje oficial.»

Estamos conformes. Y el que no lo entienda que se chinche.

«Nombramiento de catalanes para la magistratura y demás empleos.» Conformes también. Previo el cese de todos los empleados catalanes que disfrutan sueldos en el resto de la Península. Adelante.

«Cortes del principado, que se ocupen de la legislación civil y judicial y todo lo referente á la organización interior de la administración é impuestos.»

Bueno, ése es el régimen federal puro y sin mancha, tan respetable como otro cualquiera.

«Supresión de quintas, sustituyéndolas por la redención á metálico.»

Bien pensado. Y cuando peligren las fábricas de Cataluña, que vayan á morir defendiéndolas al pie de los muros... los hijos de las gallegas.

«Reserva regional forzosa.»

¡Ah, vamos! Con esta reserva regional, ya no habría cuidado por la integridad de la patria común.

«Régimen autonómico análogo al proyectado para Cuba.»

¡Ven ustedes! ¡Esas son las consecuencias de achicarse ante los Estados Unidos! Que las provincias que no se subleven pidan, y con razón, todas las ventajas que se concedan á las que están en armas.

En resumen, yo creo que debía concederse á los catalanistas todo lo que piden, y más si es preciso. Pero con una sencillísima reforma en los aranceles de aduanas, para que los productos de la región queden equiparados á los del extranjero.

¡Hace el trato!

Porque ¡caramba! es muy cómodo eso de no pertenecer á la Nación para las verdes, y formar parte integrante de ella para las maduras.

Y hay que herrar ó quitar el banco.

Afortunadamente, un corresponsal nos ha sacado el susto del cuerpo con la siguiente advertencia:

«Han causado mal efecto los artículos furibundos de algunos periódicos de Madrid al tratar la cuestión catalanista, que desconocen, pasado que la conceden importancia, siendo así que no tiene ninguna.»

¡Ah, bueno! Si no tiene importancia pedir la autonomía, no hay nada de lo dicho.

Y ustedes dispensen.

Ayer me dijo un amigo
que desee mucho más
la felicidad de Pedro
que la que él pueda alcanzar.
Me chocó mucho al principio
resago de nobleza tal,
¡y es que la mujer de Pedro
se llama Felicidad!

JUAN GARCÍA CAMINERO

Intentó cobrar un loco
una letra en un comercio,
pero no se la pagaron
por ir sin conocimiento.

José M. Sotís y Mostroko.

Libros.

Reproducción del canario.—Tratado práctico sobre la cría de esta pájaro, seguido del estudio de su higiene, enfermedades y método curativo.—5.ª edición, considerablemente aumentada.—Madrid, 1897.

La nueva edición ha sido tan enriquecida por datos y observaciones y por el mayor detenimiento con que se tratan cuantos detalles pueden ser útiles á los aficionados, que resulta un libro nuevo, de lectura amena y muy útil y curioso.

Esta obra forma un elegante volumen de más de 200 páginas, y se vende en las principales librerías, al precio de 3 pesetas cada ejemplar.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Uno que ha estrenado una obra.—Y ya se conoce que va para autor dramático... en que descuida un poco la forma.

¿Cuál?—Y el caso es que á usted le pasa lo mismo. Los pensamientos no carecen de originalidad, pero los versos son muy endeables.

Espartaco.—Lo malo es que yo no tengo hora fija para nada. Pero generalmente estoy en la redacción á eso de la una.

El chiquito de Valladolid.—Vaya, ¿de veras cree usted que esto es posible, ponga por ejemplo?

«¿Pues señor estamos en Marzo
y no he estudiado nada
lo cual estoy por seguro
que á nadie le importa un pito.»

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

Málaga.—Manzanares.

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPañÍA COLONIAL

TAPIOGA—TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

Precios de suscripción.

MADRID.—Trimestre: 2,50 pesetas; semestre: 4,50; año: 8.

PROVINCIAS.—Semestre: 4,50 pesetas, año: 8.

EXTRANJERO Y ULTRAMAR.—Año: 15 pesetas.

En Provincias no se admiten por menos de seis meses y en el Extranjero y Ultramar por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si el pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles y certificando en este último caso la carta.

Precios de venta.

Un ejemplar, con el suplemento correspondiente, 15 céntimos.

Los corresponsales y vendedores, 10 céntimos cada ejemplar.

Un suplemento, 10 céntimos.

Los corresponsales, 8 céntimos.

Los ejemplares de números atrasados se servirán sin aumento alguno de precio.

Á los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el envío del paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

Redacción y Administración: Peninsular, 4, primeros derechos.

Teléfono núm. 2.160.

Despacho: Todos los días de 10 á 2 y de 4 á 6.

Representante exclusivo en la República Argentina: D. Luis Cambay, calle Ribedavia, 512, Buenos Aires.

¿No ve usted que ni siquiera *ese en copia?*

Sr. D. R. S.—Como usted comprenderá en cuanto se *hija, reloj y das* no son consonantes, el apellido *Rocantís* es un rípió de los de primera clase y la primera quintilla está escrita en asonantes paros y legítimos. Además de todo eso, los epigramas no tienen gracia.

Perico.—Son flojitas las humoradas. Al verso

«no he encontrado una beata que sea buena»

le sobra una sílaba. Porque se dice be-a-ta. Tres.

Sr. D. J. V.—Tenga presente al hacer los sonetos que las terminaciones en tiempos de verbos son muy fastidiosas. Porque el sonsonete *aron, eron* acaba por hacer daño. El asunto es muy vulgar, por añadidura.

Sr. D. J. N.—Demasiado inocentes.

¿Sírvase!—Los versos no están mal, pero el epigrama es todo lo contrario que los de D. J. N. ¡Pica que rabial!

Cáscara de huevo.—¡Caracoles! Eso de los perfumes pasa de castaño oscuro. Hay cosas que no pueden decirse delante de gente.

Chiquiti IV.—Las seguidillas de autos representan el mismísimo candor puesto en verso.

Musa, musa.—Lo cual podría decirse también de esa consideración semi-filosófica.

Sr. D. D. M. E.—Villagarcía.—Recibida y despachada.

A... A...—Ponga usted que hay versos largos, asonancias, algún rípió que otro y... ponga usted que ha perdido el tiempo lastimosamente.

Sr. D. R. S.—Sin saliente alguno.

Calamor.—Adelanta usted á ojos vistas. Entre esas quisquiosas hay una, la segunda, que no es de la índole del periódico, pero está muy bien.

Sr. D. S. L.—Es de un socialismo un tantico trasnochado que podría pasar en cómico, pero no en serio. ¿Comprende usted?

El tío Gervasio.—No están mal, porque usted no hace mal ninguna menudencia de esas, pero carecen de relieve las de esta tanda. ¡Hombre qué enterado está usted de asuntos teatrales! ¡Sabe hasta los secretos!

Don Santos.—*El hortera.*—*Un artista.*—Tres guasoncitos de las orillas del Darro. Eso de Colón que llevó la cultura á América *con sus quillan* tiene mucha gracia.

Sr. D. J. A. B.—El asunto no vale la pena. La forma es muy aceptable, eso sí.

Sr. D. F. V.—¡Caramba! pues... por esta vez no puedo complacerla.

El abate San Román.—No entiendo lo que quiere usted decir. Porque yo he recibido un soneto firmado con ese pseudónimo.

H²O.—Algunos tienen cierta gracia. Si manda algo más, puede firmar y yo escogeré... con su permiso.

Sr. D. J. O. B.—Desde luego estoy dispuesto á servir á usted en cuanto me sea posible.

Sr. D. E. M. R.—Agradezco mucho su ofrecimiento y le molestaré si lo exigen las circunstancias. He visto las obras de la basilica y le felicito de todas veras. ¡Está muy bien aquello!

Sr. D. V. Ch.—¡Recomba con la firmita! ¡Cualquiera la copia! ¡Quién había de pensar que encima había una composición un tantico anodina!

Cosquillas.—Esas incongruencias pasaron de moda hace mucho tiempo.

Martín.—¿Otra imitación de López Silva? ¿No comprende usted que esas cosas, aunque se hagan muy bien, siempre serán segundas partes?

Siga la hierba.—Por fuerza hay alguna equivocación, porque yo no recuerdo haber leído ni admitido ninguna de esas menudencias. ¿No me referiría á alguna otra que ya se haya publicado?